

— ¡Dios mío! ¡Privar a un hombre de la vida; venir a envenenarlo! ¡Tal vez esta enfermedad es castigo de Dios!

La penitente inclinó la cabeza.

— ¿Y quién es ese desgraciado?

— Padre—murmuró la dama—, el general Osollo.

— ¡Caracoles!—gritó el clérigo—Explicame, hija mía, explicame; el crimen no es tan grande; veremos, veremos.

Alentada, la señora le dijo:

— Yo amaba a un hombre, era mi ilusión, era joven, no le había hecho mal a nadie.

La joven se puso a llorar amargamente.

— Continúa, hija mía, continúa.

— Se le puso en mientes entrar a la revolución liberal.

— Malo—dijo el clérigo.

— Pues bien; salió a la campaña y en la batalla de Salamanca, el general Osollo azuzó a sus soldados y lo lancearon.

— ¡Pobre joven!

— Entonces juré venganza delante de su cadáver, y he venido para envenenar al general Osollo.

El clérigo recapacitó un rato, y dijo:

— Los delitos o las faltas, siempre tienen algún principio de justicia: un joven tierno, valiente y enamorado, muriendo, dejando la vida en la lanza de un dragón azuzado por el empuje brutal de un jefe: ¡esto es horrible! Yo no culpo al corazón humano; así es en sus afecciones; así es en sus ímpetus incontenibles... ¡Hay un fondo, un fondo, un fondo!

No, no; si no eres tú; es eso que existe en el espíritu, que no admite contradicción; también en eso está la mano de Dios y lo estoy palpando en estos momentos... ¡Tú no sabes hasta dónde llega la Providencia!... ¡Hija mía, no has pecado: tú eres con tu pequeña venganza, la venganza del cielo!

— Yo me arrepiento, Padre.

— Tú has visto esa sangre derramada en los campos de batalla, esos montones de muertos, esas vidas sacrificadas, esas ciudades en ruinas... Algún día la misericordia divina ha de poner el «hasta aquí» a los verdugos y a los asesinos.

La dama comenzaba a fanatizarse.

— ¡Los crímenes de los hombres, cuando no los corrige la justicia humana, los detiene la mano de Dios!

— ¡Es verdad, es verdad!

— No se piensa en el cielo cuando se está ebrio de sangre y de matanza; no se cree que ha de llegar un día de expiación y de castigo; ¡y cuando menos se espera, aparece una mano armada, aunque sea la de una débil mujer, y asesta el golpe como el rayo de Dios!

— ¿Luego yo...?

— Sí—dijo el clérigo—, yo nada te digo; el cielo es quien te guía; tú tienes una misión que cumplir; si Dios se interpone, nada habrá pasado; pero si él lo permite, entonces es su voluntad, ante la cual debemos inclinarnos.

— ¡Padre! ¡Padre!

— Sigue tus impulsos, no te detengas, que no eres tú, sino Dios, el que está sobre la cabeza de ese hombre.

— Entonces, obedezco.

— Sí, nada temas; acaso la Iglesia te absuelva de lo que al parecer es un crimen, y, visto en su verdadero aspecto, es una providencia.

Salió el clérigo después de absolver a la enferma, que con aquella conversación había olvidado sus males.

Levantóse la novia de Armando, y rugiendo como una leona, exclamó:

— ¡Ya es mío!

## VIII

Al día siguiente recibió el general Osollo un billete que decía: «Si le es permitido a una señora citar a un caballero para un negocio que no es de amores, rrogaría al caballeroso soldado viniere esta noche unos momentos; procuraré no ser importuna.»

Osollo contestó que acudiría a la cita. Por la tarde pasó frente al hotel, y vió a una joven elegante, asomada al balcón, y le pareció hermosa.

A pesar de la fórmula del billete, creyó que aquella cita tendría que degenerar en aventura.

Esperó impaciente la noche. Daban las once cuando entró en el hotel.

La dama había tomado una amplia habitación, haciéndola ajuarear desde luego.

Entró Osollo.

— Pase usted, señor general—dijo Rosa.

— Estoy a los pies de usted, señorita.

— Creo conocer a usted, o más bien, reconocerlo.

— Yo no guardo memoria, señorita.

— El día que triunfó usted en la toma del Hospicio.

— No fui yo, fueron mis soldados...

— Esa es mucha modestia—interrumpió Rosa—; ese día vi al bravo soldado al frente de sus fuerzas; llevaba usted el uniforme de coronel de cazadores.

— Es verdad.

— Y siendo ya general.

— Es cierto.

— Como la revolución ha sido el asunto del día, no extrañará usted que habiendo sido la figura principal, yo lo haya conocido.

— Es mucha honra para mí.

— Yo he sido entusiasta por esa causa y he arrojado laureles al paso de las tropas que se han portado tan valientemente.

—Señorita, permita usted: soy soldado nada más, y me faltan palabras.

—Hágase usted más justicia, señor general.

Osollo estaba encantado.

La dama continuó:

—Después vino la batalla de Salamanca. ¡Oh, qué bravo estuvo usted; qué carga de caballería tan bien dada!... ¡Aquello fué terrible; los dragones lanceaban a los infantes; su caballo de usted tropezaba con los muertos y atropellaba a los heridos; una nube de humo lo cubría todo, y la espada del general era el rayo que todo lo exterminaba, todo, por arrancar un lauro a la victorial

—Señorita, estoy sorprendido con esa descripción.

—General, tiene el mérito de la verdad. Después nadie ha osado pararse frente a frente del héroe; todos han esquivado el encuentro. ¡Ah! ¿Por qué no han esperado el choque de ese acero?

—No sé ni qué responder, señorita; perdone usted mi rudeza.

—No la perdono, la aprecio, señor general.

—Señorita, mi cerebro se turba, mi corazón apresura sus pulsaciones, no sé qué me pasa en presencia de un espíritu superior.

—No soy más que mujer, que sé sentir, señor general.

La dama sonreía, dejando ver una dentadura blanca como el alabastro y luciente como el marfil bruñido.

Osollo estaba fascinado por aquella mujer.

—Vamos a hacer las amistades, señor general.

Se levantó y trajo en una charola de plata dos preciosas botellas de «baccarat» y dos copas del mismo cristal.

—¿Me permite usted, señorita?

—Perdone usted, caballero; a mí me toca la satisfacción de hacer a usted los honores.

Se sirvió de una botella.

—Este es algo fuerte; yo voy a tomar algo más suave, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto, señorita; usted manda y yo obedezco.

—Caballero—dijo la dama, tocando suavemente su copa con la del general—, estamos en el campamento de la amistad; por la salud de usted.

—Por la gloria de haber conocido a usted, señorita.

Si el general hubiera sabido que aquella mujer se había descolgado por un cordel de la altura de un convento, le hubiera tenido miedo.

—Ahora vamos a hablar como dos buenos amigos.

—Ya escucho a usted, señorita, y con mucha atención.

—Yo soy entusiasta por la causa de la reacción; me parece romancesca.

Esos soldados con sus cruces como los de Palestina, ese im-

petu religioso como el de Pedro el Hermitaño, me cautivan; me parece que pelean por su Dios y por su dama.

—Desde hoy, ésa será mi enseña.

—¿También por el Rey, señor general?

—No, señora; ese Rey que está en el Palacio de México, no me inspira respeto.

—A mí menos, señor general.

Osollo se echó a reír.

—Pues bien—continuó la dama—; yo quiero poner mi óbolo en el platillo de la revolución, y ése es el objeto de mi cita.

—No comprendo.

—Me explicaré. Soy rica, no mucho, pero no hago sacrificio; quiero donar 20,000 pesos al ejército, que está en un mal momento.

Mis fondos están en poder de Santiago Varona, un comerciante honrado y persona muy fina.

Mañana los tendré en mi poder; puede usted enviar por ellos, si me dispensa la satisfacción de aceptarlos.

—Voy a ser franco, señora.

—Hable usted, señor general; pero antes refresque usted sus labios.

El general quiso servir, pero se encontró atrojado: no tenía más que una mano.

—Es una desgracia ser manco, señorita—dijo con toda la rudeza del soldado.

—Hay hombres, caballero, que no deben tener más que una mano; ¿qué haría usted con dos corazones tan grandes como el suyo?

Osollo no encontró una frase con que responder a aquella galantería.

—Señorita, ¿me permite usted preguntarle su nombre?

—Ese es mi secreto; si deseo que mi donativo quede en el anónimo, ¿cómo iba yo a revelar mi nombre?... Tal vez mañana, porque supongo que no será la última vez que nos veamos.

—¿Mañana y todos los días!—exclamó Osollo.

—No tan de prisa, señor general. Conque decía usted...

—Que iba a ser franco. Estamos en la miseria, al grado de que ya desconfiamos de nuestro ejército, y más en estos momentos en que la revolución crece y crece como una ola próxima a envolvernos.

—¿Tan grave es la situación?

—Sí, muy grave; queda el rencor, la fiebre de aniquilar; pero es la fiebre de la impotencia. Todo el entusiasmo se apaga por momentos; creímos dominar a la revolución, y la revolución nos domina, porque mientras ella lleva una idea en sus banderas, nosotros no la tenemos; y si la tenemos, es una idea vieja y apolillada que ya no puede satisfacer nuestra época.

—Muy bien, señor general.

—Ya el papel de devotos nos va cansando, por lo menos a mí, que aborrezco esas farsas y en las que el pueblo no va creyendo; somos un sol que declina, sentimos que se va el calor y llega el yerto frío de la noche. No sabemos a qué punto acudir; por todas partes se levantan, y el día en que se organicen, estamos perdidos.

—Pero esto es horrible, señor general.

—¡Sí, horrible! Creíamos en el partido conservador y son unos viejos inservibles. Creíamos en el clero y es una reunión egoísta que nos verá impasible caer, aunque lo arrastremos en nuestra caída. Quiere salvar sus millones y nos abandona. ¡Juárez vendrá a posesionarse de todo!

Brillaba la satisfacción en el rostro de la dama; todo aquello era su venganza.

—En estas circunstancias—continuó Osollo—, no sabemos qué hacer; esos empréstitos forzosos, son robos disimulados, y así no es posible la existencia de un Gobierno y menos de un ejército.

—Es verdad, señor general.

—Tengo que aceptar, no obstante mi delicadeza de soldado y de caballero, porque ese dinero es salvador en estos momentos; pero ruego a usted que lo estime como un préstamo hecho a mí personalmente.

—Caballero, usted es otra cosa; puede usted disponer de cuanto guste; soy muy rica.

—Señorita, estoy profundamente humillado, porque delante de usted quisiera ser grande, poderoso, para tirar a los pies de usted desde un tesoro, hasta mi espada, porque en estos momentos siento algo extraordinario en mi cerebro. Usted enloquece mi corazón. Nunca había estado al lado de una mujer así; todas las he encontrado vulgares y usted se levanta sobre todas. Hay un fuego en mi pecho que me impulsa hacia usted con una adoración reverente, que yo no conocía en mi pecho de soldado. Todo gira en mi alrededor, la luz aniquila mis pupilas, el ámbar de esta estancia me narcotiza, sus ojos de usted, sus cabellos que flotan, su aliento que resbala sobre mi frente... ¡No sé, no me explico, estoy fuera de mí...

—Cálmese usted, señor general; es el humo de ese vino y nada más.

Paróse la dama, y tomando el sombrero y presentándolo a Osollo, le dijo:

—La una acaba de sonar; mañana nos veremos, si usted me lo ofrece.

—Lo juro, como juro también por esta noche de sonambulismo que paso, que le arrancaré sus tesoros a esa Iglesia, que me ha sujetado a una humillación tan tremenda.

—¿Y mi billete, señor general?

—Aquí está.

Osollo sacó el billete y se lo entregó a Rosa.

—Ahora—dijo la dama—entreguémosle a la llama para que no quede de lo que hemos pactado esta noche, ni sombra ni memoria.

—¡Era ya un tesoro para mí!—exclamó aturdido el general.

—Ya tendrá usted algo más. ¡Mire usted—dijo, poniendo a la llama el billete—, vea usted primero el fuego, luego la ceniza, después... la sombra!

Osollo sintió algo terrible en el corazón, y besando respetuosamente la mano que le tendió Rosa, salió loco del aposento de la joven.

## IX

Llegó el clérigo a la casa donde lo esperaban sus compañeros.

—Reverendos Padres—dijo—, Dios está con nosotros.

—Hable usted, capellán.

—Me llamaba una ilusa, una endemoniada, y la he recibido en confesión.

—Y bien...—dijo un fraile.

—Que cuando menos lo esperaba, me confiesa que...

—¡Hable usted, por Dios Santo!

—Pues venía a envenenar a Osollo.

—¡Loado sea el Señor!—dijeron los frailes.

—¿Y qué pasó?—dijo el fraile con ansiedad.

—Lo que estaba en mi deber: junto al crimen estaba el castigo.

—Y bien...

—Yo le dije que si Dios lo permitía, debía realizarse su justicia suprema.

—Debía haberse añadido que su mano armada como la de Judit, debía descargarse en nombre de Dios sobre aquella cabeza.

—La mujer es impetuosa, enamorada, vengativa; no se necesitaba impulsarla: estaba bien prevenida.

—Entonces esperemos, y si se realiza, es necesario guardar el más riguroso secreto.

—Y así lo haremos.

—Y más—continuó el capellán—que las cosas van de mal en peor. Blanco ha tomado a Lagos, la acción revolucionaria está pujante, hierven los herejes, casi estamos perdidos, la toma de Zacatecas es terrible, nos van acorralando y más aún con esa táctica de tomar las plazas, hacerse de recursos y abandonarlas en seguida.

—A eso llaman estos imbéciles, victorias, cuando los herejes se los están devorando.

—Con Zuloaga a la cabeza, todas las revoluciones se pierden.

—Estamos llenos de inservibles.

—Si Monseñor Labastida fuera Presidente, sería otra cosa;

ese hombre tiene más empuje que todos estos soldados juntos.  
— El único bueno era Osollo, y ya lo han visto ustedes esta noche, ¡qué abominación!

— Pero ya nos deshicimos de este espadachín.

La guerra se ha ensangrentado; ya saben, señores, el asesinato de Herrera y Cairo.

— No sabemos pormenores.

— El bárbaro de Piélagos, lo sacó de su hacienda, la Providencia; pidió rescate, y cuando iban a dárselo, lo fusiló impiamente.

— ¡Qué atrocidad!

— Todo Jalisco ha protestado, lleno de indignación; es decir, ya tenemos el Estado en contra.

— Estos soldados que corren en las batallas, están listos para estas escenas que nos desconceptúan ante el mundo.

— Ya en el Sur de Jalisco se organizan fuerzas, y todas son amenazas.

— Degollado, ese hombre infatigable, ha levantado el sitio de Guadalajara, pero eso no es una fuga, es una táctica.

— Y ya muy conocida—dijo el clérigo.

— Es cierto que han derrotado a Garza en Tampico, pero las hostilidades siguen terribles en el Bajío; yo voy ya desconfiando del éxito.

Todos quedaron en silencio.

— Sería bueno—dijo el clérigo—suspender todas las comunicaciones, hasta saber si realiza sus planes esa alucinada.

— Sí, esperemos para no infundir sospechas.

— Yo creo que no pasa de dos o tres días sin que tengamos noticias

## X

Llamaron violentamente a la puerta...

— Pase—dijo aparentando tranquilidad el clérigo.

Entró un oficial.

— ¡Qué se ofrece, caballero?

— Señor, mi general Osollo está muy malo, la fiebre sube por momentos, y el doctor ha dispuesto que reciba los santos sacramentos antes de que pierda la cabeza, que ya tiene muy trastornada.

— Voy al momento.

— Pues con permiso de usted—dijo el oficial, y salió apresuradamente.

— ¡Ya está hecho todo!—dijo un fraile.

— Malditas mujeres—agregó el otro.

— Diga usted: ¡benditas!—exclamó el clérigo.

— Hay algo providencial en todo esto.

— Como no sea providencial para la revolución—murmuró el clérigo.

— Si el enfermo le dice a usted, señor Capellán, que haga

alguna revelación, se la calla usted, porque esa mujer podría contar lo que ha pasado.

— Descuide Su Paternidad, que no nació ayer.

— Muy bien.

— Y si dice cualquier cosa por la cual pudiera descubrirse algo, lo achacaremos a la fiebre.

— ¿Y qué le habrá dado esa mujer?

— ¡Quién sabe! Pero ha de ser de lo bueno.

— Váyase usted, Capellán, porque el negocio urge.

— Por el contrario, mientras más se extravíe, estamos mejor.

— Ya lo tenía pensado. Adiós.

— Adiós y buena fortuna.

## XI

El capellán se embozó hasta los ojos y se dirigió a la casa del general, que ya estaba herido de muerte.

El general Osollo estaba atacado de una fiebre voraz y deliraba constantemente.

La casa estaba completamente invadida de jefes y oficiales y de las familias principales de San Luis.

Por supuesto, lo que sucede en estos casos, todos eran chismes, enredos, enamoramientos, sátiras y cuentos; el enfermo era un accidente.

Pasó el clérigo muy ceremonioso entre aquella multitud curiosa y entró en la recámara del enfermo.

Osollo estaba en un momento lúcido.

— Padre—le dijo—, antes que todo, que detengan a una mujer que está en... no recuerdo dónde; ésa me ha envenenado.

— Se hará como gustes, hijo mío; pero vamos ahora a lo que importa, la salvación de tu alma.

— Si yo no tengo alma—gritó Osollo.

— Pues bien, sosiégate, hijo mío, y confíesame tus faltas.

— Yo soy soldado—exclamó Osollo—y no tengo más faltas que estar reunido con estos frailes maldecidos.

— ¡Ave María Purísima!—dijo el capellán, y luego para sus adentros murmuró:

— Pues ya te clavaste.

— Yo pienso vivir para transformar a este país; yo vengo de allá y me parece que he caído en el tiro de una mina.

— ¡Recobra tu calma, hijo mío!

— Pero usted, ¿a qué, a qué viene? ¿Lo manda acaso esa mujer? ¡Qué hermosa me ha parecido!... No, yo no sabía lo que era una mujer...

— Pues ya lo irás sabiendo—dijo entre dientes el clérigo.

— Estoy deslumbrado... Pero esas caballerías, ¿por qué no entran?... ¡Adelante!... ¡El fuego es terrible, pero no importa!

ésa es la guerra!... ¡Que entre esa caballería! ¿Para qué sirve? ¿Por qué se detiene?... ¡Fuego! ¡Fuego!

El clérigo no insistió; se quedó callado, haciendo tiempo de que se agravara más y más el enfermo.

Después de una hora dejó el aposento, y dijo a la concurrencia:

—¡Es un ángel! ¡Qué arrepentimiento! Dios le va a premiar los sacrificios que ha hecho por la Santa Religión; no tiene más que palabras dulces y tiernas.

En ese momento se escuchó una andanada de desvergüenzas que salían de la boca del general.

Todos se rieron por lo bajo y el clérigo salió corriendo de aquella casa.

El 18 de julio de 1858 anunció el telégrafo que el señor general Luis Osollo había dejado de existir, muriendo contrito, en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

## XII

Luego que Rosa vió abrir los balcones de la casa y salir esa luz siniestra de los cirios que alumbran los cadáveres, se dirigió al hotel y dispuso su equipaje para regresar a México.

Mientras daban las cuatro de la mañana, hora en que partía la diligencia, se paró frente a la casa.

—Ya estás ahí como Armando. ¡Al menos, él murió combatiendo, y tú, el primer general de la reacción, has expirado bajo las sábanas, como un clérigo! ¡Pobre espadachín!... ¡Te libraste del plomo y del acero, y caíste bajo el tósigo propinado por una muejr!... Pero no soy yo sola: me han ayudado tus aliados y amigos; ellos me dieron el último impulso. Si yo, al crearme en peligro de muerte, denuncié mi intención, ellos pudieron evitar la tuya. Pero no. ¡Te desconfiaban, querían que desaparecieras, y yo me gozo en este fin trágico que satisface mi venganza!... ¡Tú me privaste de mi amor, de mi porvenir, y yo te privo, de la existencia!... Pero no he concluido todavía; ayudaré a la revolución en cuanto pueda. Después de esto, todo es pequeño.

Quedóse un momento callada, y sus pupilas resplandecían con la luz melancólica de los cirios. Después continuó:

—Te ofrecí veinte mil pesos; te hubiera ofrecido más, más todavía. Al fin, todas eran cifras imaginarias... ¡Y sin embargo, ellas pudieron descubrirme lo más hondo de tus secretos!... Pobres, desprestigiados, aborrecidos, no esperan sino que se consume una derrota que ya está latente... Queda un solo soldado, uno nada más: Miramón. Ese se aturdirá con el humo del poder... ¡Todo está perdido, y perdido para siempre!... ¡Hemos triunfado!

Después se abrió el vestido y sacó del seno el escapulario ensangrentado que Isabel había quitado del cuello de Armando.

—Ya esta prenda nada tiene que ver conmigo. Juré llevarla hasta este momento que toco con alegría feroz.

Despedazó el escapulario, y arrojó al viento los jirones.

Dieron las cuatro.

A pocos momentos se oyó el rodar estrepitoso de la diligencia que llevaba a la aurora de aquella tragedia.

## CAPITULO X

### SOBRE LA BRECHA

#### I

No volvía en sí el Gobierno reaccionario, de ese golpe terrible de la muerte de Osollo, cuando vió acercarse el ejército de las «blusas coloradas», a celebrar con sus baterías los funerales de la primera espada de la reacción.

El ejército del Norte, vencedor de Zacatecas, se encaminaba a la plaza de San Luis.

La revolución crecía y crecía, como la lava que vomitan los volcanes.

La zona de Veracruz en los litorales del Atlántico, los vastos terrenos del Norte y de Occidente, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, y siguiendo al Sur de Colima, la parte de Jalisco, Michoacán, Guerrero, Chiapas y Oaxaca, siendo las bases de operación las capitales de los Estados sobre la zona.

Allí se peleaba sin descanso en mil relances de guerra, que sólo a los historiadores les es dado puntualizar.

Apareció el gran soldado de Michoacán, García Pueblita, el jefe más popular de aquel Estado y con sus fuerzas invadió toda la zona de Guanajuato, haciendo sus correrías en el Bajo con una rapidez vertiginosa.

#### II

Pedro y el alemán, que iban en el ejército del Norte, habían estrechado su amistad y no se separaban un instante.

—Mañana llueve fuego sobre San Luis—decía Pedro, entusiasmado.

—Sí—contestó Carlos—; mañana a estas horas, o estamos muertos o nos hemos apoderado de la plaza.

—¿Y qué diablos de rencillas hay con el general en jefe?

—Yo sospecho—contestó Pedro—que el negocio anda muy mal; este general Vidaurri, quiere alzarse con el santo y la limosna.

—Ya me lo tenía tragado—dijo Carlos.

—No quiere obedecer, ni reconoce al Gobierno de Veracruz; está haciendo su rancho aparte.